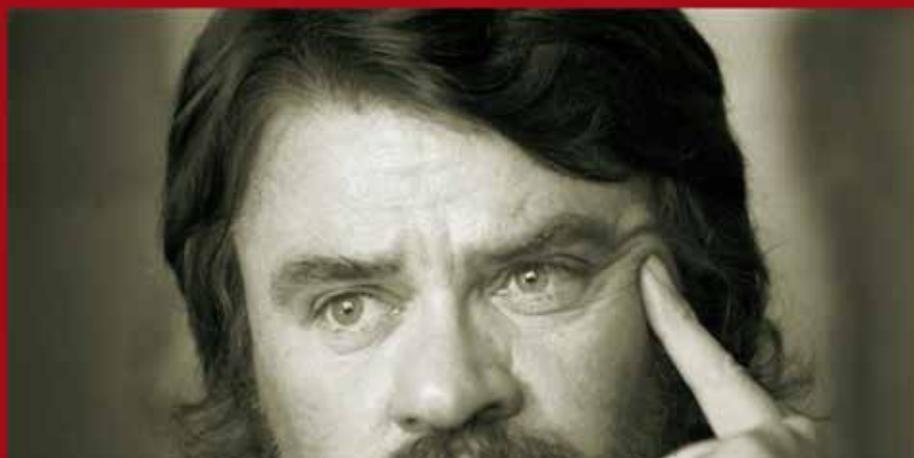


HOMENAJE A FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

TOMO III



Capítulo 77

COMITÉ EDITOR

Jorge Avendaño Valdez
Alfredo Bullard González
René Ortiz Caballero
Carlos Ramos Núñez
Marcial Rubio Correa
Carlos A. Soto Coaguila
Lorenzo Zolezzi Ibárcena



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del Comité Editor.

Homenaje a Fernando de Trazegnies Granda

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Editado por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición: Carlos A. Soto Coaguila

Diseño, diagramación y corrección de estilo: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2009

Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-06815

ISBN: 978-9972-42-890-6

Registro del Proyecto Editorial: 31501360900257

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

COMENTARIO SOBRE *IMÁGENES ROTAS*. IMÁGENES RECONSTRUIDAS*

*Hugo Guerra Arteaga***

Fernando de Trazegnies no es, de ninguna manera, solo un abogado, pese a que así lo señala el membrete de su correspondencia personal. Tampoco es simplemente un jurista, tal como se reconoce en el Foro.

Fernando de Trazegnies es, ante y por encima de todo, un filósofo que, a través del derecho, la historia y ahora la literatura, trata de esbozar no una visión académica del mundo, sino —y especialmente— las pautas para que cada quien estructure una interpretación de la vida, en sí misma.

Por eso, el título de su más reciente incursión en la prosa facetada, *Imágenes rotas*¹, aparece como un verdadero exceso de modestia para un maestro que se ha tomado el grave trabajo de escudriñar la historia y el espíritu del Perú en ese siglo XIX que pocos (demasiado pocos) han estudiado con elemental equilibrio ético.

La obra, que precisamente se inicia con una dura y doble exhortación moral de T. S. Eliot y de Friedrich Nietzsche, consta de nueve relatos breves, a los cuales nos resistimos pudorosamente de calificar como *cuentos*; porque si bien a la postre son una ficción, la base de su elaboración es la realidad archivística reconstruida de personajes en muchos casos reales de la centuria pasada.

Sin duda, aun cuando podemos estar influidos por nuestro propio interés intelectual, el más brillante de los relatos incluidos en el volumen es el titulado «Doble traición».

En este, el maestro aborda la historia del oficial Choquehuanca. Este personaje, cuya existencia es rastreable más allá de una simple mimesis literaria, usa la epístola íntima para poner en evidencia el drama recurrente tanto de los peruanos

* *El Comercio*. Lima, 15 de enero de 1993, página editorial.

** Abogado, periodista, catedrático y consultor. Director ejecutivo de Cátedra Perú.

¹ Ediciones del Dragón, Lima, 1992. Presentación de Mario Vargas Llosa.

de la época de la emancipación, cuanto de los de hoy, pos Quinto Centenario: el drama de la identidad.

Dice Choquehuanca:

El problema, amada Felipa es que me llamo Choquehuanca y soy español. Estoy formado de dos mitades que no casan perfectamente. No es que yo lo sienta así, porque durante mucho tiempo estuve ciego y no percibí mi propia contradicción; pero los demás se han encargado de hacerme ver la verdad: un medio Indio más un medio español, no llegan a hacer ni un indio ni un español completos [...] He cometido, entonces, una doble traición: traicioné a mis antepasados por servir al Rey conquistador; y, a partir del mismo instante en que me ponía a su servicio, traicioné también a mi Rey por el solo hecho de que por mis venas corre todavía un hilo de la sangre de Huayna Cápac. Soy, pues, un traidor; pero no por vocación, sino por naturaleza, como el perro es fiel, el zorro es astuto, el venado inocente y el gato receloso (pp. 20-21).

En el segundo relato, «Guerra pasada», Fernando de Trazegnies, cuyo profundo y noble ascendiente europeo más bien lo impele a preocuparse por el Perú, recurre con mucha propiedad a la técnica de la narración en diferentes planos y personas verbales simultáneas. Y la anécdota del alcalde coronguino Martín Sifuentes es un hermoso canto a la reivindicación del valor del hombre individual por encima del valor del hombre social: «Pero es que también hay que tomar en cuenta la libertad de nosotros y no solo la del país...» (p. 31).

No se crea, sin embargo, que el fondo sustancioso afecta a la arquitectura literaria en el trabajo de Fernando de Trazegnies. En todos los relatos, se trasantan técnicas, recursos, tiempos, giros idiomáticos, léxico y hasta entonación, que se reúnen cuidadosamente para presentar con fidelidad el perfil y el ambiente de la época. Y claro, en medio de todo esto, por momentos se advierte el acento borgesiano: «[...] la Muerte, no le había dado tiempo; trabajando más rápidamente que cualquier antídoto, había cumplido profesionalmente su cometido» (p. 40).

En otro de los relatos, «La tranquilidad de espíritu», manufacturado a partir de la personalidad amatoria del general Orbegoso, Fernando de Trazegnies de alguna manera nos refresca a los novelistas rusos de fines del XIX por el tratamiento psicológico de sus personajes: «En medio del arenal, la soledad le penetra hasta los huesos y ejercita su alma con crueles ideas. Se voltea hacia Valle Riestra y sin dejar de mirar la sensual forma de las dunas arrastradas por el viento, le comenta: “Cada día que duramos es una victoria...”» (p. 44).

Por supuesto, la sensualidad no es para nada ajena al autor, quien, por ejemplo, nos hace casi paladear la belleza de una hembra casi adolescente: «Era un animal hermosísimo, más armonioso que un corcel de guerra, más dulce que un venado, más sugestivo que una víbora» (p. 48).

El cuarto relato, «El cónsul honorable», es sencillamente delicioso. Combina la complejidad de la intriga policial con una espléndida recreación de aquella Lima octocentista y decadente, más una preciosista manipulación de idiosincrasias locales y británicas.

Un elemento adicional que cautiva, es que el caso ahí contado tiene raíces probables de verdad. Por ello, la presentación del personaje central, el periodista de *El Comercio* Hércules Gallardo (¿Hércules Poirot tal vez?), lo mismo que la del cónsul inglés y hasta la de don Manuel Amunátegui, hacen, a momentos, olvidar que se trata de una ficción.

Y sobre esto es fundamental insistir, porque el propio de Trazegnies advierte al lector dos cosas: «Estas *Imágenes rotas* de un siglo difícil no son sino un conjunto de mentiras: aunque estos cuentos hayan sido todos ambientados en el S. XIX peruano, en tanto relatos de ficción son testimonio de la fantasía del autor [...] Sin embargo, la ficción no es un mundo irreal, puramente interior y ajeno a la historia: en el fondo, toda ficción no es sino una posibilidad de realidad, construida dentro de un marco histórico determinado» (p. 13).

Los siguientes relatos, «El Inca» y «El convento», son, respectivamente, una rebuscada exaltación del mestizaje; y un irreverente pero graciosísimo divertimento, a costa de los españoles frailes adictos al vino, la música, el coito y... ¿los fantasmas?

En el séptimo relato, «Premio a la virtud», todavía se advierte algo de erotismo. Pero, por algún motivo, el planteamiento nos hace recordar, y mucho, esa otra obra especializada de Fernando de Trazegnies, *Ciriaco de Urtecho, litigante por amor* (1981).

En cuanto al relato octavo, «La silla», explicita la admiración del autor por Jorge Luis Borges. Debido a eso, su personaje, Zenón Torres, es, como en los cuentos del argentino celeberrimo, un elemento humanizado del esquema mental de un filósofo. Y este, mediante doblamientos, sueños y juegos literarios, busca develar asuntos tan serios como el sentido de la historia, la identidad personal y hasta la metafísica de lo social.

Finalmente, el último relato, «El fonógrafo», ambientado en la fiesta del advenimiento del año 1900, resulta ser la llave de todo el mecanismo de relojería montado por de Trazegnies. Ahí el disfraz y los personajes enmascarados quizá representan el ayuntamiento de un siglo terminal con otro preñado de incógnitas. Y, cómo no, una vez más, el sexo —lo más humano de la humanidad— sirve como solución de continuidad para cerrar el telón de las imágenes reconstruidas:

Unieron sus intimidades, pero no se mostraron los rostros. Él nunca sabría de su labio leporino, de su cara desfigurada por pecados ancestrales, de su vergüenza cotidiana, de la represión cuidadosa de sus instintos y de sus afectos, hasta

convertirlos en disciplinada indiferencia; ella nunca supo de sus auras y de sus raptos, de esas tormentas internas en las que sus demonios se expresaban con tal violencia que requerían de tiempo en tiempo la domesticación de la camisa de fuerza [...] (p. 171).

«Post scriptum»: Aquí es donde Fernando de Trazegnies explica el rastreo de los personajes ficticios en la historia real del siglo XIX. Algo innecesario para el lector, pero indispensable para la honestidad intelectual del académico. No obstante, con esta guía de referencia, ya no podemos hablar de *imágenes rotas*, sino, más bien, de imágenes repintadas en la memoria de aquellos vidrios que los primeros fotógrafos peruanos utilizaban.